

Semestre de las culturas ancestrales



Fabián Moreno. *Bocana de verano*. Óleo sobre lienzo. 2004. Cortesía Tropenbos

Que una universidad pública, después del acuerdo entre sus directivos y estamentos, dedique un semestre a las culturas ancestrales no es una casualidad. Que el rector de esa misma universidad declare, con firmeza y orgullo, que en la “Universidad de Antioquia *ēbēra bedea bedeadama*”. Que las voces de académicos de varias disciplinas se sumen a este clamor junto a las voces de artistas y docentes de lenguas ancestrales americanas y afrodescendientes. Que se celebre la Semana Internacional de las Lenguas Ancestrales y

que se abran seminarios y cátedras abiertas a toda la comunidad universitaria dedicados al pensamiento afrodiaspórico, raizal, indígena, a la diversidad de género, a la discapacidad y a la paz. Que dentro de esos espacios de formación se hable de África en la Universidad y de un Plan de Desarrollo para los próximos diez años en el que es posible que opinemos en plural femenino, dignifiquemos el lugar de la mujer en la construcción del saber y la convivencia, al lado de personas víctimas de la violencia y de antiguos violentos que hoy bus-

can un espacio para danzar y cantar a la vida. Todo eso nos ratifica que el sueño ha amanecido: Tenemos derecho a un aire sano y estamos haciendo valer ese derecho.

Asistimos en 2017 a los retoños de un árbol de conocimiento que transformará la vida universitaria en Colombia. Hoy es posible decir somos África, somos ěbĕra, somos minika, somos wayuu, somos kriol, somos gunadule, somos ye'pá mha'sã, somos universitarias simultáneamente tejidas por lo jaguarino y lo libelular y en una absoluta disposición a dialogar con el territorio, con el ambiente, con la Madre Naturaleza. Cada cuerpo está unido al territorio. Cada ojo, cada mano viene de la madre y volverá a ella felizmente. Cada órgano se corresponde a los órganos de la Madre Tierra. El territorio es el gran vientre en el que todos los seres constituyen la garantía de la pervivencia. No puede faltar ninguna semilla, ningún grano de arena. Ninguna hormiga. Ninguna hoja, canto, pueden faltar. Todas las formas que ascendieron a este plano de la existencia son necesarias, así fue enseñado desde el origen, para garantizar la continuidad de las especies. Para garantizar la vida sana, es decir, en multiplicidad de armonías.

Ese ambiente, esa palabra, era inimaginable hace algunos años, pues todavía pensábamos que la ciencia y el pensamiento eran exclusivos de los hombres europeos modernos. En los programas escolares y universitarios jamás se incluyó la sabiduría ancestral ni en referencias marginales ni en obras académicas serias. Más bien se le excluyó e invisibilizó de manera sistemática. La universidad adoptó en pleno siglo xx una violencia epistémica que privilegió el modelo occidental del conocimiento y dentro de ese modelo las corrientes más conservadoras, masculinas y pro hispánicas. En nuestra forma de hacer ciencia y de hacer poesía el cristianismo y el cientificismo positivista todavía se sentían seguros. Por eso “estudian

con avidez el paganismo sin temor de contaminarse”, tal como lo formulaba Jaime Sanín Echeverri, rector de la Universidad de Antioquia en 1963. Educar la inexistencia de una cultura, estudiarla sin contaminarse, a pesar de vivir en su territorio, sobre sus ancestros, es un acto brutal y conduce necesariamente a la inmunización de un país al influjo de la lengua y los saberes ancestrales no europeos. A esta razón, a la escritura poética sin contaminación pagana, se debe que aún hoy nuestros familiares padezcan de una enfermedad incurable: la vergüenza étnica. No se sienten ni indígenas ni afros y tampoco quieren serlo. Y el deseo incontrolado de ser europeos verdaderos los lleva al exilio y al desarraigo.

Pero estamos cambiando. Por primera vez reconocemos que somos muchas y diversas las culturas que habitan nuestros cuerpos y que las lenguas occidentales, por muy celebradas que aparezcan dentro de nuestra educación, requieren de un complemento sustancial proveniente de cientos de culturas ancestrales. Esta edición de *Agenda cultural* ratifica, como le ha sido usual, su compromiso con una universidad para la paz. Aquí compilamos varias formas de la poesía y la filosofía, en otras lenguas, aquí ponemos en diálogo la pintura salida de la vida en la selva tropical con los aportes de la salud pública, los estudios culinarios afrodiaspóricos y la arqueología. Y, para deleite de los oídos, les invitamos a escuchar el audio del cuento y de los cantos: “kouta piachon, kouta piachon”.

Selnich Vivas Hurtado

Escritor, profesor de literatura y aprendizaje de lenguas ancestrales en la Universidad de Antioquia.

Víctor Alexander Yarza de los Ríos

Profesor de la Facultad de Educación y Coordinador de las Cátedra UdeA Diversa en la Universidad de Antioquia